

Alicia Ortega Caicedo, *Fuga hacia dentro. La novela ecuatoriana en el siglo XX.*

Buenos Aires/Quito: Corregidor/
Universidad Simón Bolívar-Ecuador, 2017.

Entre las conclusiones que nos ofrece Alicia Ortega en su *Fuga hacia dentro. La novela ecuatoriana en el siglo XX*, leemos que «Es tarea de la crítica devolver el hecho estético a su ámbito original, en el que coinciden lo cognitivo, lo ético-político y lo estético» (452). Según mi condición de lector cuyo «ámbito original» es Estados Unidos, se me ha ocurrido que sería interesante situar mis reflexiones sobre el libro de Alicia en aquel “Cementerio de los Libros Olvidados” anunciado por Carlos Ruíz Zafón en su novela, *La sombra del viento* (2001). Se recordará que el papá del niño protagonista que era librero lleva a su hijo al dicho cementerio como un acto de iniciación o un rito de pasaje y le explica: «Este lugar es un misterio, Daniel, un santuario. Cada libro, cada tomo que ves, tiene alma. El alma de quien lo escribió, y el alma de quienes lo leyeron y vivieron y soñaron con él. Cada vez que un

libro cambia de manos, cada vez que alguien desliza la mirada por sus páginas, su espíritu crece y se hace fuerte» (16).

Quiero aprovechar esta reseña para lo que espero sea otra manera de pensar el libro y de dialogar con Alicia, compartiendo fugas, filiaciones y memorias desde una perspectiva tal vez más personal y menos académica, aunque me cuesta a veces diferenciar lo académico de lo personal. De ahí mi referencia a aquel cementerio donde volvemos a encontrarnos con aquellas almas de los libros, un conjunto de búsquedas de existencia, de nuestra colectiva afirmación de una humanidad compartida a menudo dolorosamente, entre inesperados encuentros y desencuentros. En efecto, *Fuga hacia dentro* nos convoca a trabajar aquella humanidad elusiva, pensarla desde conflictivos «ámbitos originales»

donde la escritura y sus múltiples y permanentes lecturas marcan diversas trayectorias en tensión ya que todo pensamiento está situado en algún lugar, pero nunca destinado a un encierro definitivo pese a ciertas fuerzas de poder que han querido y todavía quieren construir muros para impedir el intercambio, la fluidez, la trascendencia, la libertad o, en palabras de Ortega, las fugas, las filiaciones y las memorias.

En el fondo, gran parte de *Fuga hacia dentro* pone en debate el sentido mismo de la novela ecuatoriana del siglo XX. Es decir, la novela como proyecto y propuesta de una nacionalidad siempre en ciernes, como un deseo de alcanzar una elusiva cuando no ilusoria universalidad, la novela como manifiesto del papel social y estético del escritor y del intelectual en general. En fin, la tenue relación entre pertenencia y pertinencia atraviesa las reflexiones de Alicia Ortega, ora como lectora ora como una ecuatoriana que comprende que su alma también está arraigada en la palabra, en el lenguaje que no existe nunca fuera de la historia.

Tal vez sea por esa sensibilidad o, si se prefiere, esa capacidad de *senti-pensar*, como algunos dirán hoy día, que le ha motivado a Ortega a ofrecernos una historia literaria más bien abierta que supera aquellos textos que han pretendido ser registros canónicos de títulos y nombres intocables, un colectivo de voces de los especialistas

que les dicen a los lectores lo que deben saber. *Fuga hacia dentro* constituye otra propuesta, una que en todo momento incluye a los lectores a reconstruir con Alicia las historias que le apasionan no por medio de listados o catálogos destinados a una serie de repeticiones sin alma, sino por una invitación a pensar con ella mientras explora y examina sus textos predilectos en sus respectivos contextos, sean estos históricos, geográficos, culturales o ideológicos.

Según lo que he podido aprender a través de los años como docente e investigador de las literaturas latinoamericanas es que la historia que nos define a todos, seamos del norte o del sur de la línea equinoccial es la colonial junto con lo que hoy entendemos como colonialidad del poder, colonialidad del ser, colonialidad del saber y colonialidad de la naturaleza. He leído y ahora comento el libro de Alicia Ortega con esa perspectiva precisamente porque *Fuga hacia dentro* nos convoca a todos a pensar decolonialmente para así romper con rancias tradiciones dualistas como civilización y barbarie, realismo y vanguardia, tradición y modernidad, localismo y cosmopolitismo. En el fondo, las disquisiciones críticas de Ortega ponen en debate el sentido mismo del intelectual frente a la representación como apuesta estética y ética, pero ahora entendida complementariamente.

Desde el encuentro de Atahualpa con Pizarro y el Padre Valverde en el siglo XVI cuando la escritura

conquistó a la oralidad y se impuso como la fuente absoluta del saber, la representación desde la palabra se ha convertido en un sitio de lucha permanente. En términos del arte en general y la literatura más concretamente, esa lucha por apropiarse de la representación como instrumento de dominación por una parte y de liberación por otra se ha vuelto un proceso de significaciones y re-significaciones de las archiconocidas diferencias coloniales empleadas por el poder como justificativos del dicho poder. En gran medida, la historia literaria de América Latina no ha dejado de caracterizarse por ese proceso en que el intelectual sigue definiéndose en términos de su relación —o *no relación*— con la metrópoli y/o con el pueblo, o en palabras del poeta y crítico cubano Roberto Fernández Retamar, con Próspero y Calibán. En el contexto del Ecuador y su novela del siglo XX, como Ortega nos recuerda, esa preocupación por posicionarse intelectual y culturalmente se expresa a menudo a través de los archiconocidos debates sobre la relación entre el realismo social y el realismo abierto, entre Gallegos Lara y Pablo Palacio, entre Jorge Icaza y el vanguardismo, o Agustín Cueva y los admiradores de Palacio como máximo representante de una literatura nacional con pertinencia universal, o entre Alejandro Moreano y Leonardo Valencia respecto a un supuesto síndrome de Falcón. En fin, el escenario literario ecuatoriano es el latinoamericano, y sus particu-

laridades constituyen un referente comparativo para que nosotros, los lectores, pensemos a América con sus múltiples tensiones, contradicciones y, también, con sus historias coloniales compartidas.

Lo que más me atrae al leer *Fuga hacia dentro* es su concepción dialógica que pretende superar los dualismos mencionados. Es decir, en primera instancia, Ortega pondera la novela ecuatoriana del siglo XX como un conjunto de diálogos y debates entre escritores, los mismos que alimentan y se alimentan de la novela, el ensayo, la crítica literaria y la militancia política. De manera que, los supuestos antagonismos entre, por ejemplo, realismo social y vanguardia son una exageración ya que las destacadas filiaciones que Ortega lee y analiza como componentes fundamentales de la ya mencionada *alma* de las obras demuestran una capacidad crítica de complejizar una historia literaria que resiste todo intento de encasillamientos simplistas. Por eso, compartimos con Alicia su convicción de que el realismo social es vanguardia, que Icaza y Palacio no son polos diametralmente opuestos, que Moreano y Valencia no son adversarios, sino dos intelectuales con filiaciones distintas, pero con una misma pasión por entender y potencializar con significados la literatura del Ecuador, y específicamente su novelística. Como explica Ortega, entre sus objetivos como investigadora es recuperar «la existencia de una comunidad crítica» en la

cual los ensayistas, novelistas, poetas, críticos que desde el diálogo o el desacuerdo «se están leyendo; cada nuevo libro quiere debatir, completar, contradecir, continuar las reflexiones que desarrollan libros anteriores» (321).

Hemos de añadir que esa aproximación dialógica o complementaria no conduce a un estado de armonía; las tensiones no se detienen precisamente porque seguimos significando y resignificando las diferencias coloniales que todos hemos heredado, algunos con más privilegios que otros. Pero la colonialidad vivimos todos. De ahí, emerge el segundo punto que me atrae del estudio crítico de Ortega. A pesar de ser yo un extranjero, la novela ecuatoriana con sus fugas y grietas me permite no solo contemplarla desde la distancia, sino que Alicia me abre un espacio desde el cual tengo la posibilidad de participar en el diálogo y ampliar mi manera de mirar lo mío que, como ya hemos sugerido, también es suyo, aunque diferente, pero siempre complementario. En fin, como aprendemos en el Cementerio de los Libros Olvidados, vuelvo a citar: «Cada vez que un libro cambia de manos, cada vez que alguien desliza la mirada por sus páginas, su espíritu crece y se hace fuerte» (16).

Tradición/modernidad, localismo/cosmopolitismo, estética/ética, el rol del intelectual frente a la sociedad y un largo etcétera que Ortega analiza en su *Fuga hacia dentro* son temas trascendentales

que reclaman lecturas y relecturas desde diversos «ámbitos originales». Por algo se encuentra el Ecuador en la mitad del mundo, por algo está situado entre el norte y el sur. No creo exagerar al sugerir que después de leer *Fuga hacia dentro*, me he convencido aún más que el Ecuador con su novelística entre muchas otras cosas se nos presenta como un espacio liminal donde la línea imaginaria no se pierde en una supuesta inexistencia, sino que emerge como un lugar hartamente complejo que posibilita maneras otras de imaginar, de significar, de leer, de recuperar nuestras almas como lectores que compartan una misma pasión por liberarnos de nuestros encierros, sean estos físicos, culturales o espirituales.

Alicia Ortega nos recuerda que la fuga «revela las fisuras y las grietas» de todo relato de fundación que «apunta a dotar de elementos simbólicos a un imaginario plural de nación». Es decir, «Si el anhelo es abrir la literatura a los márgenes sociales y culturales del país, el motivo de la fuga expresa, por otra parte, las limitaciones del diálogo intercultural». Además, según señala, «Todo migrante, casi siempre, es un expulsado de su territorio original. La situación de su errancia responde a una realidad de pobreza y exclusión social, porta las señas de estigmas raciales, y se complejiza aún más en el desencuentro regional» (145-46).

Hago referencia a esta observa-

ción sobre las fugas y migraciones precisamente por su relevancia y actualidad en todo el mundo. Mientras leo con Alicia y con muchos otros lectores de cada lado de la línea imaginaria, mi lectura forzosamente es simultáneamente del norte y del sur, reacciona y responde a temáticas que son de otros y que son mías/nuestras a la vez. ¿Cómo leer *Fuga hacia dentro* entonces sin sentir el peso perverso de aquel *Make America Great Again*? ¿Será la historia del Ecuador vista en su novelística según nos la presenta Alicia Ortega tan lejos de la que vivimos más al norte? ¿Cómo hemos de asumir nuestra pertenencia en fuga? Francamente, no lo sé. Pero el libro que nos regala Alicia Orte-

ga está lleno de posibles caminos entrecruzados que, si no nos conducen a una respuesta definitiva, sí nos posibilita una regenerada afirmación de nuestra humanidad compartida, siempre en ciernes, siempre en construcción. George Bernard Shaw, el reconocido dramaturgo británico comentó una vez que la vida no se trata de un autodescubrimiento, sino de la posibilidad de inventarnos. *Fuga hacia dentro*. *La novela ecuatoriana en el siglo XX* constituye una herramienta de esa invención. Ojalá sepamos emplearla por el bien de todos.

Michael Handelsman
University of Tennessee

Michael Handelsman (New Jersey, 1948). Recibió su MA y PhD en Lenguas Romances y un diplomado de nivel de doctorado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de la Florida. Es Profesor Distinguido Emérito de la Universidad de Tennessee donde ejerció la cátedra de Literatura Latinoamericana y dirigió los programas interdisciplinarios de Estudios Latinoamericanos y Estudios Globales. Es autor de dieciséis libros y más de ochenta artículos publicados en revistas indexadas, la mayoría de los cuales tratan temas ecuatorianos. En 2012 fue nombrado Miembro Correspondiente Extranjero de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Profesor de Honor de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Quito, donde ofrece seminarios en los doctorados de Estudios Culturales Latinoamericanos y de Letras Hispanoamericanas.